



Chiquita Barreto Burgos



De-lirios

Si luchamos contra las injusticias ya estamos realizando milagros...

(Victoriano Centurión, dirigente campesino)

«Los lirios son plantas herbáceas, vivaz, de la familia de las iridáceas, con hojas radicales, erguidas, ensiformes, duras, envainadoras y de tres a cuatro decímetros de largo; tallo central ramoso, de cinco a seis decímetros de altura; flores terminales grandes, de seis pétalos azules o morados y a veces blanco; fruto capsular con muchas semillas, y rizoma rastrero y nudoso.» Lee en silencio moviendo apenas los labios.

Siempre sintió fascinación por esta planta. Desde el vientre de su madre cuando aún era un pez de memoria cósmica creyó tener algo de ella; en la medida que fue creciendo en esa agua blanquecina y comenzó a mover los brazos y las piernas diminutas percibió esas extremidades como las cintas verdes que son sus hojas. Su rancho es un bote

varado en un mar de lirios azules, morados y blancos, que con su lánguido perfume nocturno convierte en lana suave sus músculos agarrotados de cansancio; florecen también con modestia los hediondos, esos lirios tan bellos y tan tristes con sus seis pétalos azules y amarillos prisioneros en su olor nauseabundo.

Envuelto en esa mezcla de olores, mientras sus ojos descansan en la superficie azulamarillo de la alfombra de pétalos, rememora aquella cacería. Desde el fondo de su ser siente subir un líquido tibio que brota del gotero diminuto de sus ojos mojando su cara morena con una lluvia salada de ternura y nostalgia por los que cayeron: Estanislao, Mario, Secundino, Gumercindo, Adolfo, Feliciano, Reinaldo, -78- Federico, Concepción y Fulgencio. Los imagina abrazados como hermanos queridos en alguna fosa ignorada. Era él quien debía ser cazado pero su cuerpo, una vez más, se opuso a la muerte con tanta fuerza, que produjo el milagro de extraviar a los perseguidores. Tras sus pasos brotaban estos herbáceos ya florecidos y su aroma llenaba de congoja y desconcierto a los acosadores, que iban abriéndose camino a machetazos.

Veía desde su escondite, como apenas dejaban un claro para dar un paso volvían a brotar más profundas aún y las hojas amputadas parecían látigos teñidos de sangre. Dentro de esa maraña sanguinolenta donde los rasguños¹⁷ y las lágrimas se llenaban de flores poniendo en el aire un olor dulzón y triste llegaron, con su jauría de perros. Por un momento perdió las esperanzas; una perra corrió directamente hacia el matorral que lo escondía -tan precariamente que más que un fugitivo condenado a muerte parecía estar jugando- y en vez de ladrar denunciando su presencia gimió como lastimada un momento, y luego se marchó con la cola entre las piernas. Pasaron sin percatarse de su presencia.

Fue entonces que supo con certeza que su cuerpo no era solamente un amasijo de músculos, con una red de nervios, venas y huesos envueltos en cristal líquido, sino además estaba compuesto de lirios y palabras nunca pronunciadas, de intensos miedos, de heroísmos, cobardías y posibilidades de gozo corriendo por canales misteriosos.

Recibió el primer signo de milagro cuando maniatado lo dejaron en el cuartito destinado a los interrogatorios.

-79-

Mientras decidían, truco mediante, quien elegiría la forma de matarlo después de ser interrogado, el prisionero mirando el extenso mandiocal desde la ventana de su improvisada prisión no podía convencerse que ese día era el último de su vida: siempre supuso que la muerte le daría alguna señal antes de venir a buscarlo y hasta ese momento no había percibido ningún indicio de su cercanía; sin embargo no tenía escapatoria; los verdugos estaban sorteando su vida con un mazo de barajas y quien ganara el juego decidiría de qué manera acabar con él. Cerró los ojos resignado a morir a destiempo, cuando sintió que sus ligaduras se aflojaban como si se hubiera reducido el tamaño de su cuerpo, se paró y la soga cayó blandamente, entonces saltó por la ventanita y echó a correr en zigzag¹⁸ entre los liños despeinados. Segundos después todos corrían tras él recriminándose unos a otros no haberle puesto una bala en el corazón en el momento oportuno, y entre las órdenes gritadas con furia escuchó que alguien ingenuamente decía: -él co tiene luego un paje muy poderoso, y la bala no le entra en el cuerpo. Sólo alguien que tiene un poder más poderoso puede acabar con su

vida -otra voz agregó. El que se le enfrente no debe mirarle a los ojos, porque su mirada tiene magia. Las voces fueron acalladas por dos sonoros manotazos, y un crujir de dientes rotos; él corría aturdido por los ladridos furiosos de los perros, los estallidos ininterrumpidos de las balas y el humo de pólvora que teñía de gris el atardecer poniendo en su garganta un cosquilleo que pugnaba por convertirse en estornudo, hasta que sus pies entorpecidos de cansancio tropiezan con una mata y cae y queda allí enroscado como una serpiente, y a medida que los escucha -80- acercarse se le vuelve veleta el pensamiento. Quiere creer que sus compañeros están a salvo, por lo menos los niños y las mujeres; escucha el fragor de su sangre bombeada por el corazón que salta dentro del pecho como un gran pez agonizante; recuerda el pizarrón como una superficie líquida donde navegan las tres proposiciones escritas y el nombre de quienes se inscribieron para llevarla a cabo. La decisión unánime de que un grupo llegara a la capital a reclamar con las formalidades del caso el pedazo de tierra que generosamente había parido el maizal, amarillo en ese entonces por las espigas florecidas, la melena rizada de las alubias peinada por la brisa del amanecer y la certeza fugaz de estar en el camino apropiado. Más que ver imagina el tropel azorado de los soldaditos arrastrados a aquella persecución. ¡Cuántos de los que corren tras él serían como sus hijos y como los hijos de sus vecinos!: pobres, atorados de necesidades e injusticias; impúberes arreados en canchitas de potreros o boliches sin memorias, y siente con más fuerza aún que la tierra no debe ser sólo el pedacito minúsculo de la sepultura sino el espacio preñado de bienestar posible, fue entonces que vio el monte de lirios florecidos tras sus pasos y descubrió que los arañazos se iban llenando de flores rojas y que el milagro era posible, por segunda vez en tan poco tiempo.

La claridad del día se fue y una lluvia torrencial desaguó el cielo entre rayos y centellas poniendo unos lamparones súbitos en la negrura del montecito que había logrado alcanzar arrastrándose como un lagarto desde el mandiocal mientras en sus oídos zumbaba el tambor de su corazón mezclado a los gritos de sus perseguidores.

Vencido por el cansancio se acomodó en el hueco de un árbol caído y entró en un profundo sueño; le -81- despertó una mano que le sacudía del hombro con suavidad, era una mujer que le llevaba noticias y comida; así se enteró que hacía tres días que estaba dormido y que la batida inexplicablemente se había trasladado a otros sitios.

Durante dos semanas, esa mujer de quien sólo sabía que en medio de la angustia de la balacera y los allanamientos había dado a luz, sola y a los apuros, un sabio pequeñín que lloraba en sordina, le mantuvo informado y alimentado, le contó de los muertos y del miedo oscuro que se instaló en las gargantas como un líquido viscoso y asfixiante. Él tratando de corresponder tanta generosidad le ofrecía hierbas prodigiosas que aquietan la tristeza, para que no se le cortara la leche, emplastos de grasa de animales silvestre para los retorcijones de barriga, raíces milagrosas para dolencias múltiples del cuerpo y del alma, oraciones para desagusanar terneros, curar ojeos y aliviar el dolor de muelas; cortezas aromáticas para sahumeros del buen amor. Le enseñó las claves para descifrar el canto de los pájaros y el comportamiento de los animales domésticos, le escribió en el suelo las palabras sacramentales para deshacer la envidia y exorcizar embrujos malignos, y una noche guiado por ella se acomodó en la baulera de un auto y salió a buscar asilo.

Por las rendijas del capó destartalado vio la bóveda de terciopelo azul oscuro sembrada de perlas y diamantes como un muestrario de joyero y supo que volverá para

morir sin sobresaltos bajo ese mismo cielo estrellado; esa certeza aquietó su pulso, licuó su saliva espesa, languideció sus párpados y le condujo al territorio del sueño.

-82-

Todavía dormido llegó hasta una embajada y quince días después voló aturdido, sobre espesas nubes de algodón a un país donde los pobres vivían amontonados en los cerros hasta que cualquier día eran arrastrados por temporales furiosos con sus cachivaches de latas y sus niños eternamente resfriados.

El sitio duró tres meses y los niños de «campo lirio» -como le bautizaron las gentes al lugar- perdieron el hábito de jugar y comer frutas silvestres, horrorizados por los pájaros de metal que llenaban de temblor sus frágiles huesos y taponaban sus oídos con una cera de silencio y sólo se sabía de sus existencias por el zumbido de abejas con que tarareaban bajo las camas con los labios apenas despegados «pan y bolito querósén iyescaso no hay caso, no hay caso, no hay caso».

Las mujeres grávidas enterraron sus sietemesinos muertos de susto entre las matas de lirios y los ancianos se echaron a dormir en los campos arados que esperaron inútilmente las semillas.

El lirio fue proscrito por el general en florerías y en clases de botánica y floricultura; también fueron desterradas antiguas costumbres como la serenata y el rosario cantado; el tupaitu y la misa de gallo.

Muchas palabras del diccionario y algunos léxicos populares fueron halladas culpables de sedición y condenadas por los jueces a varios años de cárcel; unas cuantas murieron en prisión y otras salieron muy debilitadas sin ánimo para prestar ningún servicio; por lo tanto los habitantes tuvieron que inventar en su reemplazo señas y morisquetas que también fueron condenadas y al final sólo quedó un silencio incómodo que poco a poco fue llenándose de nuevos y -83- quebradizos vocablos cuyos significados a nadie importaba, porque eran fugaces, y podían ser cambiados según la ocasión y la conveniencia. Pero el general también fue proscrito por otro general de sonrisa campechana y cabellos teñidos, en una noche de fiesta patronal entre tanques y morteros, mientras un cantante de boca de durazno cantaba boleros para delicia de romanticonas viejas que le escuchaban embelesadas desde los balcones.

Entonces las puertas cerradas por tanto tiempo se abrieron y la risa salió a la calle a sentarse en los bancos de plazas, para que los fotógrafos la capturaran con sus cámaras, las lágrimas se cristalizaron en los rostros como diamantes sin pulir y alguien puso en las manos de San Blas una pantalla gigante de caranday, para espantar el calor de tantas velas prendidas a su nombre borrado del santoral y súbitamente reivindicado como patrono milagroso.

Entre quienes entraron en tropel alegre, embriagados por el perfume de los jazmines y las madre selvas, y el bultito de recuerdos guardados en los resquicios profundos de sus memorias, también él regresó.

Cada vez con más frecuencia el invierno se demora en sus huesos, pero su corazón de primavera florece entre tantos lirios, recogidos a brazadas llenas para ser enviados en furgones refrigerados a los centros urbanos, y, envueltos en celofán y cintas poner color y aroma a grises oficinas o adquirir un lenguaje propicio para el amor o los adioses -por aquellos niños silenciosos que cantaban con los labios apenas despegados debajo de las camas «pan y bolito...» convertidos en mujeres y hombres, con -84- sueños simples y rotundos. Siente que el aire se llena con la sonoridad de sus risas, y entra en su sangre como un sonajero de promesas que poco a poco se aquieta mientras cae la noche y el cielo se llena de puntos brillantes como un muestrario de joyero.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

